

en México a un mexicano que, de paso y de lejos, critica el régimen sandinista, hay que imaginar cómo se tratará en Nicaragua al que se atreva a abrir la boca».

¡Ejemplar Octavio Paz! La tarde de la ceremonia inaugural del homenaje, el licenciado Miguel de Lamadrid, presidente de la república, terminó su alocución con las siguientes palabras: «Octavio Paz, orgullo de México». Permítanme que agregue: orgullo de México y de todos los países donde ha sabido conquistar lectores fervorosos.

(*Tiempo Argentino*, 3 de diciembre de 1984)

Julien Benda

Julien Benda pertenece a un linaje de escritores franceses, de origen judío, que representa auténticamente la filosofía, la literatura de imaginación, la poesía, en suma, los valores espirituales, diremos del país en que han nacido. El caso opuesto solía ser de igual modo frecuente. Y digo *solía ser* porque se dio, sobre todo, en aquellos tiempos que los franceses actuales llaman *La Belle Époque*, los años que van de la Tercera República a la guerra del 14, años pródigos en escritores judíos, cuyas obras tenían gran repercusión en Francia y que, no obstante ello, permanecían ajenos al espíritu francés, cuando no lo falseaban gravemente. Pienso en nombres olvidados o desprestigiados hoy, pero que a fines del siglo pasado estaban en todas las bocas: Catulle Mendès, Duvernois, Francis de Croisset, Bernstein, Porto-Riche, etc. Benda, refiriéndose en general a esta clase de efímeros escritores de su propia raza y en particular a Porto-Riche, dice: «Ah, esa literatura judía superficial, abominable. Ese Porto-Riche con su monopolio en cuestiones de *amor*, su obra mezquina y, a la vez, penetrante, su carencia de todo estilo, su increíble ignorancia, hasta su ignorancia del francés. Se jactaba de haber escrito *Amoureuse* en 8 días, sobre la mesa de un café. Sostuve que no era difícil advertirlo. La identificación corriente por entonces (véase la literatura de Lanson) entre la cloaca de muchas piezas de *boulevard* y la obra de Racine significaba para mí una de las vergüenzas de la época».

En sus memorias, Benda cuenta de su padre una anécdota parecida. Con la diferencia de que su padre no se indigna: se limita a ignorar esas manifestaciones pseudoliterarias. Tiene el sentido profundo, y casi siempre justo, de que ciertas obras que su época considera geniales, no son sino glorias de actualidad. No merecen que se les preste atención. Una tarde le mandan dos plateas para el ensayo general de una pieza de Ale-

jandro Dumas hijo*. El señor Benda padre termina de comer, después se sienta al piano, toca un rondó de Mozart y finalmente se acuesta. Deben ustedes pensar que en aquellos tiempos, no ya en los tiempos de la juventud de Julien Benda, sino en los tiempos de la juventud de su padre, de Monsieur Camille Benda, se consideraba que una obra de Alejandro Dumas hijo era un inmenso acontecimiento artístico. Todo París de disputaba por asistir a su estreno. Al día siguiente, cuando la madre de Julien Benda se entera, se lo reprocha a su marido. Le parece mal, muy mal, que haya desperdiciado las entradas, que ni siquiera se le haya ocurrido regalarlas, hacer felices a dos personas. El señor Benda deja pasar la tormenta; después, a solas con su hijo, abre su piano y dice:

—Toda esta historia por una pieza estúpida, de la cual, dentro de diez años, no recordarán ni siquiera el nombre.

En sus memorias, Julien Benda evoca la persona física de su padre, el hermoso rostro asirio, escultural, un poco inanimado; la frente y la línea de las cejas, de un apacible poder; los ojos grises, un poco inexpresivos, que parecían reflejar la infinitud del mundo. Dice: «Al evocar la imagen de mi padre, veo tras ella, perdiéndose en el fondo de las edades, a través de los ghettos de Oriente, toda una dinastía de judíos con la misma frente, con los mismos ojos; antepasados de los cuales nada sé y que, sin duda, hubieran reprobado la forma de alma que me dieron los latinos, pero que reviven en todos mis escritos».

Porque a sus propios antepasados, Julien Benda ha incorporado, quiéralo o no, otros antepasados, otro linaje: el de los escritores íntimamente ligados a la buena tradición francesa, para quienes lo esencial es la palabra y la obra, y no el efecto, el resultado material de esa palabra y de esa obra. A semejanza de dos grandes figuras contemporáneas de su misma patria y de su misma raza, un filósofo y un novelista, a quienes Benda admiraba y que, sin embargo, combatió por discrepancias ideológicas —y estoy nombrando a Bergson y a Proust— Benda ha enriquecido las letras de Francia, pero nunca en detrimento de su significación. Desde muy joven aprendió a colocar en primer rango al arte que intenta dirigirse a nuestra alma más íntima —a nuestro yo profundo, diría Bergson—, a honrar a los oficiantes desinteresados de la belleza, a despreciar al histrión, que sólo ve en ella una oportunidad de afirmar su persona y de hacerse aplaudir. Este desinterés es tan extremo que su obra habría sido póstuma, quizá, de no mediar dos circunstancias: la primera, de orden ideológico; la segunda, material. A fines de siglo, en un determinado momento, los valores de la verdad y de la justicia aparecen encarnados en Francia, y poco después en todo el mundo, en la persona de un modesto oficial judío, el capitán Dreyfus. Julien Benda tenía treinta años, era rico; había

* La princesse de Bagdad.

alquilado un amplio departamento donde alternaba las matemáticas, la lectura de los poetas y filósofos griegos y latinos, y de Spinoza, de Malebranche, de Renouvier, con el estudio de Beethoven y de Schumann. Pero no vacila en cerrar sus libros y su piano, abandonar su reducto y salir a la calle a defender a Dreyfus. El general Mercier, de triste memoria, ha declarado que los partidarios de Dreyfus, investigando la legalidad de la condena, se parecen a esos dementes de la antigua Bizancio que discutían sobre la naturaleza del verbo cuando los turcos estaban a las puertas de la ciudad. Benda recoge altivamente el reto del general Mercier y publica su primer artículo: *Diario de un bizantino*. La razón de Estado y la Razón estaban en pugna. Benda ocupa su puesto de combate del lado de la razón. Pero sólo escribe asiduamente en revistas y diarios, sólo se convierte en publicista, a partir de 1914, cuando pierde su fortuna, porque necesita ganarse la vida. Tiene, entonces, 47 años. 47 es una cifra un poco mágica, que nos permite asociarlo con uno de los maestros y moralistas máximos de las letras francesas, con el ensayista por antonomasia, con Michel Eyquem de Montaigne. Montaigne publicó por primera vez a los 47 años. Montaigne descendía por su madre –Antoinette de Louppes de Villeneuve: Antonia López de Vilanova– de judíos españoles. Montaigne tenía, no ya como Benda, sino como Marcel Proust, lo que llaman los franceses *un coupage de sang juif*. Me gusta la palabra *coupage* que no significa necesariamente atemperar un líquido con otro más suave, como cortar el vino con agua; puede significar, asimismo, mezclar dos alcoholes, dos buenos vinos de cualidades diferentes para obtener un tercero, no sólo de cualidades diferentes de los otros dos, sino de calidad aún más preciosa. Nada más opuesto al espíritu riguroso, geométrico de Benda que el espíritu ondulante y diverso, de Montaigne. Benda, cuando escribe la primera línea, o la primera página de un libro, conoce de antemano la última línea o la última página. Ha trazado minuciosamente su plan. Montaigne, en cambio, se concede siempre un placer de virtuoso: el placer de divagar. Los *Ensayos* de Montaigne están formados por agregación. Escribe como quien se pasea un poco al acaso, sin haber previsto el recorrido. Le sucede, a veces, empezar defendiendo una idea, y terminar plegándose a la idea contraria. Él mismo se jacta de su versatilidad. Nos dice, a veces, que lo hace adrede, para distraerse, y que aferra de tal modo su espíritu a esta nueva idea, en la que no creyó en un comienzo, que no encuentra ya las huellas de la idea primera, de la supuesta idea verdadera, de la cual se apartó traviesamente. El juego, el virtuosismo de las ideas, la inteligencia por la inteligencia, como quien dice el arte por el arte, es para Benda un motivo de escándalo. Sí, ya sabemos que Montaigne y Benda no se parecen intelectualmente, espiritualmente. Entonces, me dirán ustedes, ¿por qué traer Montaigne a colación? Respondo: porque coinciden en algo más profundo: coinciden en el carácter. Uno y otro son